

Prólogo

Hipatia, Bruno, Villamediana. Tres nombres que, como pocos, encarnan el riesgo que concita el pensamiento cuando incomoda a los que pretenden monopolizarlo.

En el caso de Hipatia, el pensamiento que la llevó a la muerte era una filosofía que trataba de facilitar un terreno neutral, ecléctico, a cuantos aspiraban a dar elevación a sus vidas y profundidad a sus inteligencias. En el de Bruno se trataba de una visión del mundo que conectaba con las nuevas ciencias de la naturaleza, y se adelantaba a una ciencia del alma que todavía aguarda en los anaqueles del futuro. En el de Villamediana, el pensamiento fue un ímpetu poético que le llevó a volar en las alas de cera de la imaginación a un cielo donde la realidad cotidiana se metamorfoseaba en poesía, con la consecuencia de acabar, como Icaro, derribado en el suelo.

Los que vieron en ellos un desafío a sus pretensiones no pueden ser más diferentes. Van desde la chusma de fanáticos que en el año 415 linchó a Hipatia en las calles de Alejandría hasta los cardenales que con su sentencia llevaron a la hoguera a Bruno en la Roma del año 1600, pasando por un hombre ambicioso, Olivares, que, al amparo de un rey abúlico, Felipe IV, armó el brazo que arrebató la vida a Villamediana el 21 de agosto de 1622 en la calle Mayor de Madrid. Mas, a pesar de sus diferencias, esas tres máscaras de la intolerancia están mancomunadas por un mismo impulso, consistente en la pretensión de definir sin apelación posible lo que es verdad y lo que es mentira, lo que es correcto y lo que es incorrecto, junto a la amenaza de ejercer violencia sobre el que desafíe dicha pretensión. El tirano puede ser muchos, pocos, o uno. De esta o aquella raza, de esta o aquella clase, de esta o aquella religión, de este o aquel partido, de este o aquel siglo. Su esencia es, sin embargo, invariable: un juicio estrecho y la violencia en ristre.

Hipatia, Bruno, Villamediana. Los tres coinciden en ser víctimas de una tragedia que va más allá de lo personal, pues es traducción de otra más vasta: la tragedia del espíritu frente al mundo. En los tres casos la tragedia presenta rasgos tan modernos que difícilmente habría sido apreciada por los espectadores del teatro antiguo. Para éstos nuestros héroes habrían carecido de la visibilidad, del esplendor, que caracteriza a los héroes del teatro clásico. Ni Hipatia fue una princesa de fábula, como Ifigenia, Antígona o Medea, ni Bruno y Villamediana tuvieron el rango de Agamenón, Orestes o Edipo. Ninguno de los tres disfrutó de los honores anejos al poder supremo, ni llevó una vida pública hecha de acciones y gestos como los que podían ofrecer las casas reales de Micenas, Tebas o Troya.

Hipatia fue una mujer que se consagró, como su padre Teón, al cultivo de las matemáticas y la astronomía, y dirigió en Alejandría una acreditada escuela de filosofía. Giordano Bruno

fue un fraile que, tras huir del convento de Nápoles, vivió a salto de mata enseñando filosofía natural, lulismo y magia mnemónica por media Europa, donde publicó un buen número de obras. Juan de Tassis, conde de Villamediana, fue un poeta que no publicó en vida ningún libro, amasó y dilapidó fortunas, heredó un título que el rey había otorgado a su padre por los servicios que había prestado a la Corona, y brilló como espejo de galantes caballeros en la corte de España.

Pero la razón principal por la que Hipatia, Bruno y Villamediana no habrían conmovido a los antiguos aficionados de la tragedia son las vías por las que se abatió sobre ellos la desgracia. A los héroes clásicos ésta les llega siempre de forma imprevisible. Sólo a ese precio, piensa Aristóteles, el espectador puede experimentar los sentimientos de piedad y temor que surgen cuando la fatalidad se ceba en sujetos cuya conducta y rango no les hacía merecedores de tanto sufrimiento. Nada de eso se puede decir de Hipatia, Bruno y Villamediana. Sabían a lo que se exponían, y no obstante asumieron el riesgo. Fueron provocadores. He ahí un rasgo típico de la modernidad, que hace pensar, cuando bien se mira, en uno de los héroes trágicos de la Antigüedad más atractivos para el hombre moderno, Prometeo, que a causa de su filantropía, de su amor a los hombres, se atrevió a desafiar a Zeus, el Padre de los Dioses. Pero, a diferencia del orgulloso Titán, Hipatia, Bruno y Villamediana no pertenecen -huelga decirlo- al círculo de los dioses. Son sólo hombres particulares, a los que une un fuerte individualismo. Pero justamente el individualismo y la condición de hombres particulares es una composición que no es fácil encontrar en los héroes de la tragedia antigua. Su condición de príncipes que encarnan las sociedades a las que pertenecen lo prohíbe.

Goethe amplió el repertorio de los caracteres trágicos al elegir como protagonista de uno de sus dramas a Torquato Tasso, autor de la *Jerusalén libertada*. Lo trágico del Poeta, según estimaba Goethe, no es su dramática oposición al hombre de Estado, representado en este caso por Antonio, sino descubrir -al igual que los espectadores- que la fuente donde bebe la virtud creadora que le otorga su alto rango humano -fuente que no es otra que la ardiente fantasía que le hace olvidarse de sí mismo y metamorfosearse en infinidad de cosas y personas- tiene como acompañamiento fatal el riesgo de la disgregación de la personalidad, de la locura. Goethe, que era poeta y ministro a la vez, presintió que el Destino podía ensañarse con los hombres consagrados a la creación literaria, y que ese drama expresaba, de forma no menos cruel que en los dedicados a la acción, la condición trágica de la humanidad. Mis tres héroes están, ciertamente, más próximos a Tasso que a Agamenón, pero a diferencia del primero, que acabó trastornado por la corriente incesante de fantásticos temores que hicieron presa en él, la locura de Hipatia, Bruno y Villamediana fue una locura consciente, clara, solar, y por ello

tal vez más terrible e incurable que la del lunático héroe de Goethe.

Aunque contemplativos, los protagonistas de las tres tragedias del espíritu que aquí ofrezco no se están quietos en absoluto. Los tres se vieron implicados en la política de su tiempo. Poeta amoroso y mitológico inigualable, Villamediana se movió en las altas esferas de la corte de Felipe IV y, aunque sólo fuese con las armas de sus virulentas sátiras políticas, participó en las vicisitudes de la monarquía más poderosa de la época. Bruno fue un viajero que a dondequiera que iba predicaba la buena nueva de la libertad del hombre y la belleza del mundo, y no rehuyó implicarse en la política del momento cuando se le presentó la ocasión. En cuanto a Hipatia, su relación con el prefecto imperial Orestes y la proyección social de su escuela la pusieron en la diana de los fanáticos que acabaron con ella. Dicho sea de paso, las circunstancias de su muerte sirvieron para dar argumento al martirio de santa Catalina de Alejandría. La rueda dentada con la que ésta, según la leyenda, fue desgarrada en sus carnes se inspira en la forma en que se produjo el martirio de nuestra filósofa y astrónoma. Si los dientes de la rueda de Catalina son el equivalente de los trozos de cerámica y tejas con los que los fanáticos desgarraron el cuerpo de Hipatia, la forma y los radios de esa rueda son un emblema de las dos ciencias cultivadas de forma señera por nuestra filosófica santa: la geometría y la astronomía.

Pero aunque Hipatia, Bruno y Villamediana fuesen, a su manera, hombres de acción, la forma que tuvieron de actuar no es comparable a la de los héroes de la tragedia clásica. Su vida activa no fue más que la prolongación de su vida contemplativa, y sólo tiene valor desde la perspectiva de ésta. Ya se revele en la forma alada del poema, como en el caso de Villamediana, ya en la más austera del razonamiento y los símbolos, como en los de Hipatia y Bruno, es su manera de pensar lo que da sustancia a su manera de actuar y vivir. En ellos la acción fue, ante todo, epifenómeno de sus contemplaciones.

Hipatia, Bruno y Villamediana coinciden también en haber creído alguna vez que estaban cerca de hacer realidad sus sueños. Los tres se engañaron. Y porque se engañaron, la realidad se cobró en ellos cruel venganza. Pero dieron la talla en el trance supremo. Con entereza heroica, asumieron su destino. Al igual que Sócrates, Séneca y Jesús, comprendieron que su última y gran oportunidad era dar testimonio con la muerte.

Como tragedias, *Hipatia*, *Bruno* y *Villamediana* presentan estilos muy diferentes. Las personalidades y circunstancias de lugar y tiempo de sus protagonistas fueron también muy distintas, y tanto las intenciones del autor al idearlas como las circunstancias que le rodearon al redactarlas, en épocas muy distintas, contribuyeron a acentuar las diferencias. En *Hipatia* se me impuso de forma natural el severo manto de la tragedia

clásica, donde importa más la claridad del dibujo y la coherencia del cuadro que lo intrincado de las perspectivas. Tragedia simple, o sea sin peripecias, para emplear la terminología aristotélica, su compacta unidad de acción se ve reforzada al ajustarse a las unidades de tiempo y lugar, ya que sólo me ocupo de las últimas horas de la vida de Hipatia, y el drama transcurre en su casa, cercana al Museo de Alejandría, y en las inmediaciones. En el polo opuesto, como corresponde a un poeta barroco coetáneo de Calderón, está *Villamediana*, que, rebosante de episodios y vicisitudes, abarca el último año de la vida del poeta, discurre por los lugares más variados y ofrece un amplio muestrario de personajes de época, desde Felipe IV, Isabel de Borbón y Olivares, hasta Góngora y Quevedo. Más que el dibujo, se hacen notar en la composición los variados juegos de perspectiva. *Bruno* es otro estilo. He querido llevar a escena algunos de los principales episodios de la vida del filósofo insertándolos en un juego simbólico notoriamente abstracto que se inspira en los artificios que el propio Bruno elaboró con vistas a reformar las condiciones del alma y la mente. Por eso, se podría decir que *Bruno* es *Bruno en el Teatro de la Memoria*, y que, como en los autos sacramentales de Calderón, lo esencial está en el cuerpo que cobran los valores simbólicos.

La solución teatral se impuso por sí misma. La del relato nunca me tentó, por indirecta, arbitraria y farragosa. Lo que yo deseaba era tener delante a Hipatia, Bruno y Villamediana. Verlos y oírlos. O hacerme esa ilusión. El ensayo y el teatro eran las dos soluciones adecuadas. El ensayo ya había sido probado. Ahora quedaba probar la fruta del árbol de la escena.

Madrid, 5 de abril de 2006